

Atrapados en Libertad

Propuesta para un documental radiofónico

2006. COPYRIGHT© todos los derechos reservados.

Adrián Macías
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Centro
2006

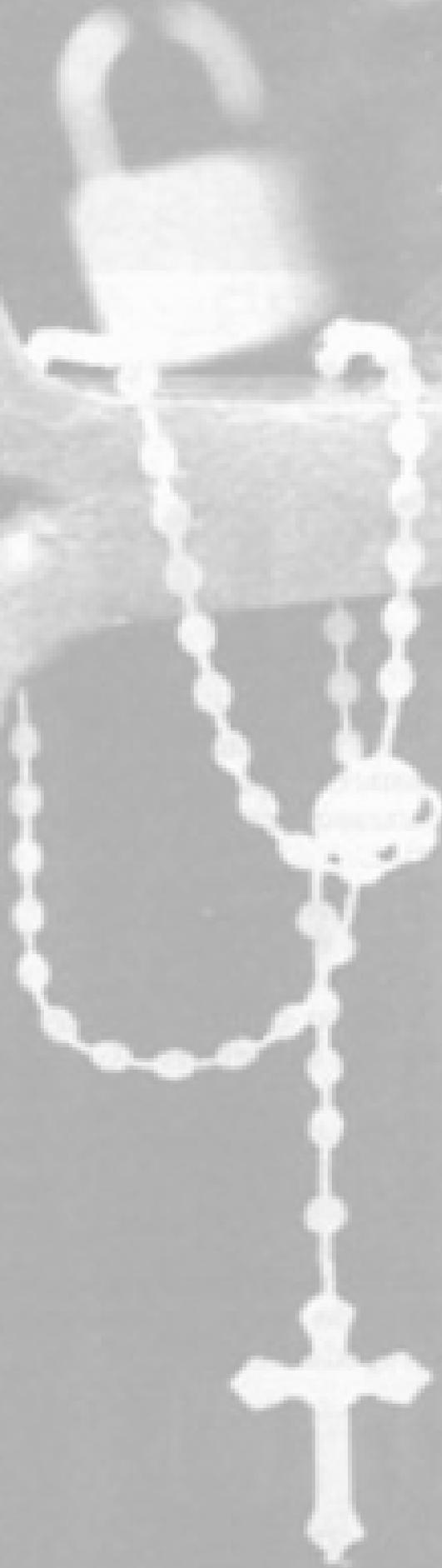
*“Estoy ahí
ya se que no, pero yo estoy ahí
si el tipo de la radio me lo cuenta...”*

Tabaré Cardozo, poética murguera

Fundamentación Teórica - INDICE

Introducción.....	4
En el aire.....	5
Objetivos.....	7
Memoria activa	8
Fundamentación	10
Sintonía fina.....	11
Marco Teórico.....	16
Amplitud modulada.....	17
Propuesta.....	24
Audiorretrato	25
La Antena (conexión sideral).....	35
El Auditorio (la radio escucha).....	38
La Reunión (llamado de atención).....	42
El Molde (policrómico laberinto).....	43
La Recolección de Datos (tour del calvario).....	46
La Organización (ventana de las renunciadas).....	51
La Violencia (telarañas amotinadas).....	53
La Estética (hechizo sonoro).....	56
Bibliografía.....	60

Introducción



En el aire

Hace ochenta y seis años de aquella fabulosa emisión inaugural de la radio en Argentina. Desde entonces, miles de voces y sonidos recorrieron los laberintos del éter, acompañando nuestras alegrías y penurias. Durante décadas vivió momentos de plena gloria como referente de la identidad nacional hasta que su imperio fue avasallado por la cultura de la imagen. Sin embargo la radio resistió, y aprendió a convivir.

Su esencia mantiene vigente la fantasía a través de la voz, los paisajes dibujados con la música, una atmósfera inventada con efectos, y sugerencias fugaces propuestas con el silencio.

El presente trabajo constituye un campo de referencias y evocaciones auditivas sobre un hecho que tuvo un alto impacto en la opinión pública nacional, decorado con las potencialidades expresivas de un soporte muchas veces relegado.

La propuesta consiste en un producto comunicacional realizado en un formato radial, que aborda como tema los sucesos más relevantes de un motín originado en la Unidad Penitenciaria N° 2 de la localidad de Sierra Chica, ciudad de Olavarría, en el año 1996.

Esta producción está pensada como uno de los temas que puede abordar un programa integral de radio, dedicado a la difusión de sucesos reales pasados, con un formato trabajado desde lo periodístico y lo estético.

“Atrapados en Libertad” es el título de esta entrega particular, donde se narran diferentes episodios de esa rebelión carcelaria, desde las experiencias de personajes que tuvieron alguna relación con el hecho objetivo.

Está diseñado dentro de las variables radiofónicas que ofrece el género documental, como estrategia comunicativa para lograr recrear el hecho desde los horizontes más diversos.

El proyecto intenta renovar el recuerdo que los receptores mantienen de un suceso en particular, y a partir de ese desencadenante de experiencias, más el aporte de nuevos detalles, facilitar la elaboración del juicio propio.

A veces la memoria va dejando huecos que se encarga de completar la imaginación. El programa, entonces, será un espacio de negociación con esa memoria sobre una serie de hechos significativos para la historia de Olavarría. Todo, en el escenario sonoro que propone la radio.

Este trabajo, amparado en una base teórica, mantiene rasgos de audiciones tradicionales dentro del género documental pero inyecta una dosis ambiciosa de experimentación. Propone una estética renovada, más ágil, colorida, cautivante.

Convoca a sumergirse en una historia con la aceleración que demanda el oyente actual. Con mensajes breves, directos, efectivos. Decorados desde la artística sin descuidar el contenido en su tratamiento periodístico.

En el escándalo de sus sonidos exige atención y ofrece alternativas para abordarlos. Invita, seduce, arrebató, desafía. Pretende, con la renuncia y la codicia en equilibrio, que sea una obra digna de escuchar.

Objetivos



Memoria Activa

Por un lado y como objetivo general, la propuesta de este espacio apunta a impulsar el género documental en la radio, a renovarlo.

Pretende revivir este tipo de documentos como válido para recuperar la memoria, a partir de una estrategia radial más dinámica frente a otros formatos menos cautivantes.

En este sentido el desafío es proponer una nueva perspectiva estética, casi experimental, distinta a las de los documentales radiales tradicionales. El trabajo busca reformular la percepción sobre este tipo de formatos, manteniendo los preceptos del género. Pretende convidar al oyente con discursos breves y rápidos, a los que está más acostumbrado, sin dejar de lado la riqueza en el contenido.

La intención es convocar a los documentales como posibilidad concreta para incluirlos en las transmisiones, y destrabar la idea que los presenta como imposible para la radio.

Asimismo, como objetivos particulares, la propuesta apunta a la recuperar la memoria de la comunidad de Olavarría sobre distintas circunstancias de un acontecimiento particular de trascendencia nacional, a partir de la reconstrucción de los hechos y sus repercusiones.

El propósito es ofrecer una nueva mirada desde los propios protagonistas que participaron en forma directa o indirecta de esos hechos, de manera de acercar sus experiencias, vivencias, impresiones y pensamientos.

El espacio pretende actualizar esos episodio aportando nuevos elementos para su interpretación, colocando el énfasis en originales perspectivas.

La intención es renovar esos momentos en los sentidos de los receptores, volviendo a contar historias que perduran en la memoria colectiva de una comunidad.

Procura la continuación del discurso radial en los discursos de la gente, de manera que la instancia de recepción no se convierta en el cierre de un proceso comunicativo, sino que sea la articulación que posibilite la apertura de nuevos caminos para esa continuidad.

El desafío será, entonces, conquistar del oyente a partir de imaginar paisajes, escenas o situaciones que le serán sugeridas sólo con sonidos, para hacerlo recordar, disfrutar, emocionar, y reflexionar.

Fundamentación



Sintonía Fina

El producto radiofónico “Atrapados en Libertad” nace estrictamente de un hecho noticioso, en este caso a partir del motín carcelario originado en una Unidad Penitenciaria de la localidad de Sierra Chica en el año 1996, y por ello avanza en la reconstrucción más similar de la realidad, con todos los contornos permeables que representa esta idea.

Sierra Chica, ubicada a 12 kilómetros de Olavarría, es una localidad que se originó y creció alrededor de canteras de granito y de una penitenciaría, como se le decía a los Penales en 1880. El gobierno provincial de entonces había tomado la decisión de construir una cárcel de máxima seguridad, y eso se fusionó con la actividad de los picapedreros. El trabajo de los presos en las canteras habría de convertirse en pocos años en una gran empresa, dotada de su propia línea de vagones para el transporte de la piedra y con la más moderna maquinaria de la época.

Desde el principio, entonces, la relación de los habitantes de Sierra Chica con el Penal fue íntima y necesaria. Los que no trabajaban en las canteras lo hacían en Servicio Penitenciario. La relación con la cárcel nunca fue traumática ni provocó rechazos porque creció con el pueblo, porque fue siempre parte de su identidad.

La Unidad Penitenciaria N° 2 fue concebida como la de máxima seguridad en el país. Con los años, Sierra Chica fue nuevamente terreno para la instalación de más cárceles: la Unidad 19 de mediana seguridad, la Unidad 27 de régimen abierto. En la década que sucedió el motín más importante de la historia del pueblo, la cantidad de presos de todas las cárceles igualaban en número a los habitantes comunes. La instalación en 2002 de una nueva cárcel, la Unidad 38, provocó que los presos superaran en números a los vecinos.

Todas las familias de la localidad tiene algún integrante que trabaja en una de las Unidades. Como oficial, guardiacárcel, maestro, encargado de taller, médico, y otros oficios que mantienen permanente relación con el personal del Servicio y con los propios internos. En las casas no existen obstáculos para hablar de la cárcel y sus miserias. El contacto directo y cotidiano entre los presos y, principalmente, los guardiacárceles, contagia casi involuntariamente el lenguaje, las reacciones, y hasta las necesidades.

Naturalmente, los reclusos pasan por diferentes estados de ánimo a lo largo del año. El sueño de la libertad está siempre vigente, pero en la época estival y alrededor de aniversarios importantes para sus vidas se vuelven más agresivos, intolerantes, y las posibilidades de que se generen conflictos se agigantan.

Esto es bien conocido por las autoridades y por los propios pobladores, quienes están atentos a los “ojos de tormenta”. Aquella Pascua de 1996 no fue la excepción, pero lo que empezó como el rumor de una fuga como tantas derivó después en el motín más extenso y siniestro de la historia carcelaria Argentina.

Cuando estalló el motín en marzo de 1996 no habían asesinado a José Luis Cabezas y la inseguridad aún no era un tema de campaña. Eran días en que la atención pública se centraba sobre el primer juicio por el crimen de María Soledad Morales, en Catamarca.

El motín de Sierra Chica se convirtió en la primera crisis política vinculada a la delincuencia que afrontó el entonces gobernador Eduardo Duhalde. El olor a colchones quemados y el ruido de vidrios rotos llegaron a la gobernación. En el último mes ya se habían registrado siete intentos de fugas masivas de las cárceles bonaerenses y las autoridades anunciaban un posible colapso del sistema penitenciario.

En ese momento se registraba una superpoblación carcelaria del 42%. La edad promedio había descendido a 21 años, y la droga estaba instalada unos metros más adentro de la puerta de los presidios. El 5% de los presos tenía Sida, según cifras oficiales; las extraoficiales subían el porcentaje de infectados al 30%. De los quince mil presos que amontonaban las cárceles bonaerenses, sólo el 30% sabía cuántos años seguiría en prisión. En esas circunstancias los presos desesperan, y casi siempre explotan.

La población que habita las cárceles fue casi siempre marginal, la mayoría de las veces son “ladrones de gallinas”, “chorros” de poca monta, y asesinos ocasionales. Nunca hubo en nuestra historia grandes homicidas seriales a excepción de unos pocos casos.

Justamente, la década del noventa inaugura cambios en la composición de la población carcelaria, porque aparece la improvisación en el delito, y con ello la ruptura de los códigos. Los que ingresan, atravesados por el consumo de drogas, pocas veces tuvieron un trabajo, casi no tienen estudios, provienen de familias desintegradas, con problemas de salud y sobre todo de adicción. Esto refleja una enorme pérdida de la dignidad humana. Para una gran porción de la sociedad, las cárceles son un depósito de cuerpos excluidos. La frase “que se pudran en la cárcel” aviva la idea de cuerpos descartados e imposibles de ser reciclados.

Pese a que la historia carcelaria de Sierra Chica registra varios motines, por las características incomparables que tuvo el de 1996 y por el impacto que produjo, éste será recordado por sus pobladores y por todo el país, directamente y sin eufemismos como “el motín de Sierra Chica”.

Para esta pequeña localidad del centro de la provincia de Buenos Aires, ese hecho representó una imprevista repercusión a nivel nacional que modificó su identidad

para siempre. Como Ramallo o como Carmen de Patagones, Sierra Chica resuena en las cabezas de los informados y de los desprevenidos como el escenario de una masacre.

Toda la comunidad vivió el tiempo que se extendió la rebelión con extrema tensión. Porque más allá de la noticia, los rehenes pertenecían a esa comunidad, eran sus hijos. También los presos pertenecían a ella, en una extraña pero necesaria potestad.

En la Pascua de ese año, los grandes medios de comunicación nacionales estacionaron en Sierra Chica para contar lo que pasaba. En principio la cárcel serrana era la promotora de un contagio de revueltas en otras unidades del país, pero sucedieron allí una serie de hechos que concentraron la atención masiva: era la primera vez en la historia argentina que un juez, una jueza en este caso, era tomada como rehén de un motín. Otro rasgo, más cruel y trascendente, fue la cremación de varios presos por otros compañeros rivales.

La otra impronta: la duración. Fue el motín más extenso. La angustia se prolongó más de una semana y el constante fantasma de la fuga masiva imprimió una desesperante espera de resolución.

Los medios de comunicación se instalaron en forma permanente en esa localidad sin grandes estructuras más allá de las propias cárceles. Un pequeño bar auspició de agencia de noticias. Los pobladores aceptaban reportajes sobre la historia del pueblo, la cárcel, sus miserias, y ofrecían el techo de sus casas para instalar las cámaras de televisión.

Los familiares de los mil presos acamparon hasta el final a la intemperie para seguir de cerca lo que ocurría adentro. La esfera política de la provincia se concentró también en el centenario Penal para destrabar la situación, y



negoció con sus máximas autoridades para evitar un caos nacional. **El motín en sí mismo fue una vidriera del horror de la condición humana.** Pero también desnudó una vez más las fragilidades del sistema penitenciario argentino, símbolo de la degradación de la vida hacia el interior de los murallones.

Con todo, la importancia, la trascendencia y el impacto que tuvieron esos episodios para la comunidad de Sierra Chica, de Olavarría, y de todo el país, sirvieron de convocatoria para la realización de este trabajo, que asume el desafío de reconstruir esos hechos diez años después, y sólo con sonidos. Y todo, con una nueva estética dentro del género documental radiofónico.

Marco Teórico



Amplitud Modulada

La radio sugiere diversos modos de armonizar los distintos elementos del mensaje. Y cada composición permite asimismo que la estructura resultante pueda ser reconocida como perteneciente a una modalidad particular de presentar el discurso.

La elaboración de este trabajo se inscribe en el escenario que propone el **género documental**, con sus características y particularidades para una producción radiofónica.

La autora Gladys Pérez, en su libro “El documental en radio”, señala que este formato es una “obra monotemática profundamente tratada; es una pieza radiofónica con toda la vestimenta sonora necesaria. Es un género que se pasea entre la comunicación objetiva y la subjetiva, entre lo periodístico y lo artístico. Es la recreación de un tema relevante que tiene connotación para la mayoría; es un propósito social que deja un conocimiento, una enseñanza”.

El doctor en Comunicación Ricardo Haye, en su libro “La nueva radio”, coincide sobre la definición del género al sostener que el documental es “una pieza radiofónica, trabajada mediante el estudio de la realidad desde las posibilidades más cercanas y mirada desde el mayor número posible de ángulos. Para consignar los hechos utiliza todos los recursos radiofónicos que acepta el tema sin deformarlo. Organiza estos documentos de manera coherente, atractiva y lo más completa posible en su presentación”.

Con esos contornos, “Atrapados en libertad” recrea un acontecimiento histórico determinado, con las circunstancias particulares que surgieron en la rebelión carcelaria de 1996, en Sierra Chica. El oyente de esta producción recibe la información justa y necesaria sobre la crónica noticiosa de esos días, renovando en su mente el tema con sus detalles más trascendentes, pero sin abundar en datos y estadísticas que terminan confundiendo o modificando el eje de atención esperado.

Esa información, más la diversidad de testimonios, junto a los climas y paisajes inspirados desde la música y los efectos, sumado a los recursos técnicos que ofrece la radio, le permiten al oyente generar sus propios recuerdos y auspiciar sus propias observaciones.

La historia entra aquí como un elemento clave, porque el espectador no recibe una somera descripción de los hechos, sino que se encuentra ante un proceso activo de fabricación, nutrido de valores y significados, de conceptos y orientaciones que apelan al juicio propio.

Su estructura se apoya fundamentalmente en la narración de los protagonistas de ese hecho. Haye subraya que “el documental es una forma radial creativa (...) con el énfasis puesto en los acontecimientos reales y la gente real que, en lo posible, nos cuente sus propias experiencias reales”. **Por eso la preocupación del trabajo en colocar el acento en las versiones de los protagonistas.**

Justamente, esa perspectiva es la que le aporta fuerza al discurso, lo enriquece, lo acerca a la realidad. Cuando en la gran mayoría de los mensajes radiofónicos las generalidades parecen eclipsar las particularidades, despersonalizando los temas, donde la condición humana aparece como algo abstracto, es saludable escuchar a la gente contando sus experiencias sobre algún tema particular, con sus bondades y miserias. Haye insiste en dotar a la radio de discursos que pongan el acento en la “dimensión humana”.

La historia general que recrea este documental se construye principalmente a partir de otras pequeñas historias personales. No como un simple desfile de recuerdos, sino como evocaciones que funcionan como disparadores para la actualización de experiencias propias, que invitan asimismo a la emoción y la reflexión. Como propuesta

para que los receptores resignifiquen sus percepciones sobre el motín y sus repercusiones.

Las voces de los protagonistas de la rebelión, resucitando desde varios horizontes las circunstancias que les tocó sostener desde su lugar, invitan a bucear en unas vidas que en esos días de horror cambiaron para siempre.

Cuando Haye destaca, en su definición de documental, el hecho de que trabaja sobre “el estudio de la realidad”, remarca que hay “dimensiones espacio-temporales” que “permiten contactos limitados” con esa realidad. Por eso señala que hay que ejercitar las habilidades para captar la “mayor riqueza sensorial” de manera de alcanzar una “capacidad de reconstrucción”.

El estudio de la realidad de este trabajo se reconoce en la diversidad de horizontes con que se aborda el tema, y en los aportes que cada una de esas miradas impulsa para la reconstrucción de la historia.

Haye coloca el énfasis en la misión que tiene la radio, de servir a los pueblos para que se conozcan entre sí, enriqueciendo su capital simbólico y extendiendo el horizonte de su cultura. En esta lucha, la memoria tiene un rol fundamental, y esta obra es una invitación a retroceder por varios caminos distintos, para renovarlo y avanzar por un nuevo sendero, más atractivo.

El hecho de que se deba luchar constantemente para encontrar una imagen sobre nuestro pasado, que está dispersa, desperdigada, perdida, mal conservada, habla de cuál es el criterio que tenemos para custodiar nuestra memoria sobre lo ocurrido.

La obra es apenas un intento de agitar esa memoria estática que adormece y limita. Intenta animar una memoria constructiva que acompañe la tarea diaria del hacer. El hecho de que no haya materiales documentales o sea difícil encontrarlos también

habla de ello: como que todo está armado para que no se realicen. Producir un discurso novedoso en radio, entonces, es una tarea cotidiana de resistencia.

Gladys Pérez reconoce que “el documental es un formato de paciencia, que reclama mucho tiempo para la investigación y la búsqueda de las fuentes y, sobre todas las cosas, necesita de la motivación del periodista. Después que ya está el *muñeco* armado en blanco y negro, también exige de un tiempo fuera de lo común para la grabación y el montaje. Esta puede ser una de las razones de la escasa realización de documentales en nuestras emisoras en América Latina: precisamente el tiempo requerido para su realización conspira para que casi siempre los jefes no lo tengan en cuenta y los periodistas le cojan un poco de miedo a la entrega que exige”.

En ese sentido, “otro motivo por el cual no se hacen más documentales está vinculado a la idea de que la mayoría de los que se han hecho son *ladrillos* y los oyentes los rechazan no por ser documentales, sino por ser malos programas; por otro lado no es fácil insertarlo en la programación de las emisoras comerciales, ni creo que a los dueños les interese”, sostiene Pérez.

“Atrapados en libertad” se ajusta al clima que propone el género documental en radio, si bien no abundan las referencias hacia ese molde. Dentro de las programaciones de las emisoras radiales más potentes y reconocidas de Argentina, la presencia de audiciones documentales tal como están concebidas son escasísimas. Se advierten huellas de sus pretensiones, por ejemplo en el programa Marca de Radio, por Radio Rivadavia.

Al mirar hacia Europa, en emisiones en castellano, aparece Radio Nacional de España como un ejemplo concreto que incluye entre sus contenidos un programa diseñado a partir de producciones documentales, sobre diferentes temas vinculados a sucesos o debates generados en la península Ibérica.

Las muestras que recibí gentilmente de los amigos españoles para tener referencia sobre un equipo que produce constantemente obras radiofónicas documentales, se ajustan claramente a las ideas de Gladys Pérez sobre el tipo de audiciones que el oyente esquivo o las radios no incorporan a su programación. ¿"Ladrillos", decía Pérez?

Por la ausencia de espejos o por lo empañado que se presentan algunos, el trabajo se edificó tal vez sobre arenas movedizas. En su estructura coexisten la semejanza, la adaptación, la teoría, y la experimentación. Si el género propone un límite donde moverse, éste puede haber sido invadido o desplazado, pero siempre respetado. El género mismo puede haber sentido los temblores.

Pero la audiencia no se deja seducir fácilmente con novedades o experimentaciones. No está cautiva. Es complejo seducir a "un receptor condicionado por años de exposición a productos comerciales poco exigentes", destaca Haye.

El profesor español Angel Faus, para hundir cualquier pretensión que se atreva a nuevos sonidos, señala que "en general, todo mensaje no elaborado de acuerdo con la técnica del medio está condenado al fracaso", dado que "el medio utilizado para difundir el mensaje le califica y marca una técnica de codificación necesaria", explica Faus. Más grande el desafío.

Gladys Pérez colabora con la dificultad. "El oyente también es parte de esas formas rutinarias, pues él está entrenado para oír otros formatos que no requieren de una atención más aguda. Cuando el documental le llega por primera vez pueden ocurrir (si se trata de un buen documental) dos reacciones. Expectativa hacia un lenguaje diferente o rechazo porque se sale de sus rutinas auditivas. De nada servirán las mejores intenciones y los mayores esfuerzos si no se conoce la psicología del oyente para despertar y facilitar la recepción y asimilación", sostiene.

En ese sentido, el doctor Ricardo Haye en su libro “Hacia una nueva radio”, indica que “existe un condicionamiento del receptor para permanecer en una actitud cómoda. (...) Pero sería descreer de los afanes de elevación de la audiencia ofrecer una programación basada en entretenimientos banales, contenidos superficiales y mensajes pasatistas. ‘Damos lo que el público pide’, se defienden algunos. Pero ocultan que no han ofrecido a ese público todas las alternativas para que finalmente escoja. En consecuencia, la audiencia pide entre aquellas cosas que conoce”.

Generar la curiosidad sería el primer gran paso, y el segundo mantenerla. Para esto es necesario ante todo un trabajo delicado de promoción. El objetivo de esta obra indica la necesidad de apelar al recuerdo y a las emociones sobre todo lo que avivó el motín años antes. Subrayar el sentido de pertenencia de toda una comunidad con ese suceso. Prometer y cumplir con nuevas miradas. Acechar con la importancia del tema y las voces delatoras de los protagonistas.

La comunidad de Olavarría, y la de Sierra Chica en particular, mantienen firmes lazos sociales entre sus habitantes, entre ellos y su pueblo, y con relación a las historias trascendentes que han surgido y se esmeran en recordar. Por el impacto que provocó el motín en sus vidas hay varias inquietudes compartidas, gustos por conocer siempre algún detalle más, preocupaciones por las consecuencias que dejó, miedos por otras posibles revueltas, esperanzas gemelas de una mejor situación en las cárceles.

Este trabajo radiofónico no establece definiciones, ni intenta convencer al oyente de una determinada perspectiva. Su finalidad es atrapar al espectador en el recorrido de un camino con varias zonas desconocidas, a través de una sutil observación de meditaciones personales.

“¿Cuánto debe durar un documental?”, se pregunta Gladys Pérez. “En el caso específico del documental, está determinado por el interés que logre en la audiencia”, advierte. El tiempo ideal está alrededor de los 20 minutos, indica la autora. Y se apura a aclarar que “no hay porqué negarle eficacia a programas de 10 y a los de 30 minutos”.

Agrega Pérez a esta flexibilidad, que “existen trabajos muy cortos que resultan tan largos y programas relativamente largos que resultan cortos”. Los 38 minutos de “Atrapados en libertad”, divididos en cinco bloques, flirtean con el último esquema que arriesga la mujer.

La selección de los testimonios y su ordenamiento constituyó un trabajo tan espinoso como la propia investigación y el acceso a las fuentes. La edición y el montaje que acumularon los 38 minutos descartaron al mismo tiempo varias horas de entrevistas, asociaciones musicales y efectos ocurrentes.

“Así sucede que mucha documentación debe ser reducida, abreviada o, directamente, suprimida”, alerta Gladys Pérez. “La tarea de cortar es como la de un cirujano, muchas veces nos duele ejercerla, sobre todo con las entrevistas”, reniega.

Justamente en la edición, avisa Ricardo Haye en “La nueva radio”, es donde el documental adquiere coherencia y define su mensaje, generando en los destinatarios una reflexión o un cambio”. Esta obra radiofónica atesora en la edición, en esos pocos minutos, el trabajo de varios años.

Propuesta



AUDIORRETRATO

Escuchamos tiros. Eran demasiados, por eso nos sorprendió. La serenidad de esa tarde, el aire despejado por las casas bajas, y el eco de las sierras nos trajeron esos impactos. Ese año yo vivía en una quinta, de espalda a la cantera que está dentro del Penal. Cruzando el monte ya se veía la garita y el vigilante que custodiaba el suburbio descampado de la cárcel más segura del país.

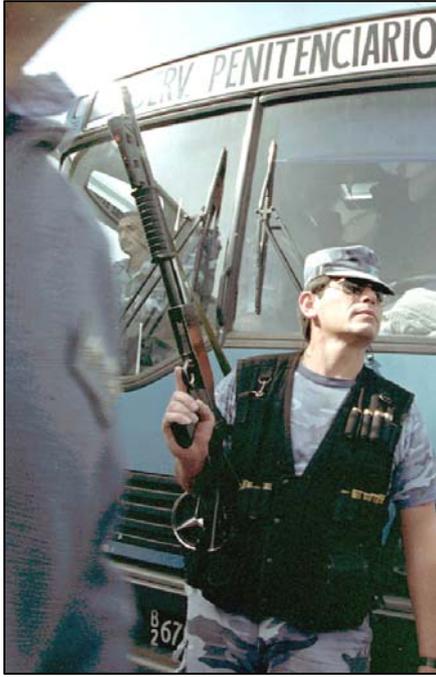
Las explosiones de los barrenos que desintegran la roca de las canteras no asombran a nadie en Sierra Chica, a pesar que la furia de la dinamita hace temblar los vidrios y agrieta las paredes. Pero esos tiros nos inquietaron y activaron nuestra curiosidad.

Con Juan salimos a la calle y magnéticamente caminamos hacia el otro barrio, donde está la entrada principal de la cárcel. Por encima de los ligustros la novedad de una fuga de presos aceleró la caminata.

Nos aturdí la fantasía de miles de condenados saltando los murallones, y vigilantes matando a todos los que podían. Una voracidad de cronista desalmado nos empujaba hacia esa escena imaginaria y cruel, en vez de buscar un refugio seguro.

Mi amigo Juan, en esa Pascua de 1996, era además compañero de la Licenciatura en Comunicación Social. Nos sumamos a unos veinte curiosos con la misma voracidad frente el Penal.

Desde la vereda no se ven los pabellones, el muro de granito sólido que los protege está a unos cien metros, pero la noticia no tardó en liberarse y llegar a la calle. Hubo un intento de fuga que fue frustrado a los tiros, y un grupo de presos tenía de rehenes a varios guardiacárceles.



La novedad se movió rápido y los medios de comunicación locales enviaron sus cronistas. Era sábado a la tarde, la mayoría de los sierrachiquenses estaban en sus casas y rápidamente se amontonaron en la entrada del Penal para ver qué pasaba.

Lo que se filtraba desde la cárcel a la calle pintaba un clima denso y complicado. Al mismo tiempo llegaron móviles de la Policía Bonaerense, del Servicio Penitenciario, y de grupos especiales

de Infantería. En cualquier lugar, estacionaron decenas de autos particulares, todos importados, oscuros, y con vidrios polarizados.

En uno de esos autos había llegado una jueza de Azul que tenía contacto habitual con los presos. Venía a negociar, trascendió. Desde afuera no veíamos ninguna rebelión de presos ni nada parecido, pero por el despliegue de uniformados, todos armados, y por el nerviosismo en los vigilantes que estaban en la guardia, sabíamos que el problema era grave.

Parecía que el panorama estaba controlado por las autoridades, cuando pasó algo dentro del Penal que movilizó a todos de sus lugares, los desconcertó. Los hombres de los autos importados empezaron a hablar por enormes teléfonos móviles mientras se reforzaba la vigilancia en la entrada.

Me acerqué a dos mujeres que se atropellaban para contarse lo mismo que habían escuchado de un guardia. Oí que los presos habían secuestrado también a la jueza que entró a negociar. Malére era su apellido.

Sabía que un representante de la justicia en manos de miles de presos era un hecho insólito, sin antecedentes, y que dispararía el tema más lejos de lo imaginable. En minutos la novedad invadió las redacciones y los informativos de los medios nacionales, y Sierra Chica concentró todas las miradas, las voces, las expectativas.

Todavía no había pasado lo peor y ya había cambiado el clima de toda la localidad. El nerviosismo de las autoridades, la incertidumbre de los familiares, el tour de los curiosos, el apetito de los periodistas, la muchedumbre, descolocaron a todo el pueblo.

Supe que los presos no detendrían la rebelión hasta que no les dieran algunos beneficios. Ellos querían menos años de pena y que los trasladen a otras cárceles, pero el Servicio Penitenciario se negaba. Sin embargo, con la jueza en su poder los presos tenían un as de espadas para negociar.

La primera noche del motín fue un laberinto de verdades y exageraciones. Las luces de ese inmenso panóptico se apagaron y apenas brillaban algunos faroles que destañaban las sombras a lo lejos.

Desde afuera vimos con Juan cuando los presos se subieron a los techos de los pabellones. Eran fulgores inseguros, como fantasmas que se adivinaban mejor cuando incendiaban algún trapo cerca de ellos. Otras fogatas vimos en el patio central de la cárcel. Y después gritos y alaridos. Hubo peleas entre presos que avivaron el terror también afuera.



La incertidumbre y la ansiedad se quedaron ahí todo el fin de semana. Los rumores que escuchábamos de ajustes de cuentas, violaciones, traiciones, helicópteros

que llegarían para que se fuguen algunos presos de renombre, y las negociaciones que no avanzaban, colaboraron con esa situación.

Como si fuera una obligación laboral, todos los días que duró el motín fui hasta esa cárcel absorbente y despreciable. Me quedaba mirando a esos marginales con la cara tapada arriba de los techos, dueños de la situación, cada vez más lejos de una vida con futuro. Ensayaba proyectarlos luego del motín, cuando sus cuerpos olvidados vuelvan a esas celdas mugrientas, como único amparo.

Advertíamos que no sabían qué hacer con esa libertad de fantasía. Caminaban sin rumbo sobre esas chapas, se chocaban entre ellos, gritaban para desahogarse. Querían que los viéramos con esos fabulosos sables caseros apuntando al cielo, renegando de su condición. Ahora tenían el poder, o al menos ventajas.

Los canales de televisión, las radios y los diarios, aseguraban desde Sierra Chica que las negociaciones estaban paralizadas. Que los rehenes estaban bien, igual que los internos. Que la autoridades confiaban en un desgaste de la situación y era cuestión de esperar la resolución, más sabiendo que la jueza se haría cargo de convencer a sus captores. Pero adentro la atmósfera era distinta.

Pasó ese sábado y el domingo fui otra vez hasta la puerta del Penal, con Juan, a la tarde. Decenas de presos encapuchados deambulaban arriba de los techos de los pabellones, con facas y a los gritos. Las últimas novedades, oficiales y trascendidas, coincidían en que la cuestión estaba estancada porque ni las autoridades ni los presos querían ceder en sus posiciones.

Lo más vistoso de la revuelta en ese momento eran los detenidos que estaban en las alturas y a lo lejos. Elvira, una tía de Juan que vive frente a la cárcel, hacia la esquina noreste del pabellón, nos prestó su casa como mangrullo.

Subimos a ese techo endeble sostenido con grandes bloques de granito para que no se lo lleve el viento. Caminamos encima de los tirantes hasta el friso resquebrajado y rodeado de musgos. Apoyados en la cornisa, haciéndonos visera con la mano, seguimos toda la tarde los movimientos de los presos sobre los pabellones.

No hubo avances ni retrocesos hasta que el lunes bien temprano cambió la historia del motín. Explotó el clima tenso entre los presos. Otra vez escuchamos tiros, pero ahora parecía una guerra. Una balacera perseverante castigó con furia la mañana del primer día de abril. Cuando parecía detenerse, con algunos pocos disparos que rebotaban como perdidos, otra vez más balazos devolvían la locura.

La carrera que emprendimos con Juan hasta el Penal fue custodiada por los tiros que aparecían y desaparecían. Como una señal de emergencia, esos plomos azotados al aire nos movilizó hasta la escena para empezar a desnudar los interrogantes.

Los agentes del Servicio Penitenciario que estaban parapetados en el muro habían abierto fuego contra los presos, por otro presunto intento de fuga. Los familiares de esos reclusos que llegaron hasta Sierra Chica para seguir de cerca la situación se abrazaban a la reja de la guardia. Se les inflamaban las venas del cuello insultando a los oficiales que disparaban contra sus parientes detenidos. Y lloraban por la incertidumbre de la muerte de cualquiera de ellos, y renegaban mil veces más por la represión.



Los periodistas empezaron a contar en directo lo que había pasado. Yo estaba cerca de un movilero de América Noticias, de traje y corbata, quien intentaba recrear el tiroteo y hacía conjeturas sobre las consecuencias, todavía con el aire viciado de pólvora. Un camarógrafo de Crónica, trepado a una combi, parecía hacer foco en la desesperación de los familiares.

Las sirenas y la velocidad con que aparecieron dos ambulancias nos anunciaron algo de lo que había ocurrido adentro. Tardaron mucho en salir o era mi ansiedad por saberlo. Al fin se fueron camino a Olavarría con la misma urgencia.

Rápidamente nos enteramos que la balacera había dejado al menos a tres rehenes heridos, y que dos ellos debieron ser trasladados al hospital porque estaban graves. Esa liberación forzada sirvió para que los presos conquisten cuatro rehenes más, a cambio de los dos que salieron heridos. Además, se hablaba de un preso muerto, pero a cuchillazos, como aclarando que no era víctima del tiroteo.

Una jueza cautiva, un bombardeo, rehenes heridos, un preso muerto, una solución complicada, repercusiones peligrosas. Todavía rebotaban los ecos de lo sucedido a la mañana cuando, por la tarde, acudieron otros relatos aún más crueles.

Era difícil saber cómo trascendía a la calle lo que pasaba dentro de los pabellones, con qué grado de verdad llegaban las novedades. Por contagio entre los guardias, los familiares, los vecinos, los curiosos, los periodistas, alguna autoridad, reconstruíamos esos hechos invisibles.

Se instalaron entre nosotros y se multiplicaron inmediatamente historias de una matanza entre los propios presos. Que un grupo de los que negociaban con el Servicio había salido de cacería, matando a antiguos rivales de la cárcel.

Me sacudieron esa imágenes inventadas y brutales de las muertes. De la cercanía del horror y la incertidumbre del desenlace. Pasaron unas tres horas y hubo más relatos funestos. La mujer de un guardia que estaba sobre el muro anunciaba que los muertos habían sido descuartizados. Su esposo había visto desde arriba a unos presos que trasladaban brazos y piernas en unas ollas, por el patio.

Llegó la noche y las autoridades no ofrecieron detalles de la matanza, ante el reclamo de los familiares para saber la identidad de los muertos. Esa dolorosa angustia les duraría varios días. Sin respiro, el motín tenía todavía varias sorpresas.

La rebelión era el tema central en las noticias del país. Con Juan vimos por televisión lo que habíamos visto en la entrada del penal horas antes. La matanza feroz de presos y la complicada resolución que se postergaba cada vez más, incluida la situación de la jueza sobre quien ya se especulaban tormentos y vejaciones, absorbieron toda la atención social en aquellos días.

El miércoles éramos muchos más los curiosos, y la posibilidad latente de una recuperación violenta del penal nos reunió en medio de una tensión congelada por el miedo. Pero faltaban todavía varias penurias antes del fin.

En un momento cualquiera y sin previo aviso, el horror se nos fue metiendo por la nariz. Busqué en el aire ese aroma agrisado y penetrante que deformaba las caras hasta el dolor. Respiré hondo esa salsa irrespirable.

La chimenea del Penal nos escupía las respuestas. Una nube blanca y radiante se devoró la vista y el olfato. Esa bocanada de espanto nos envolvió a todos y fue más agrio el pensamiento que el propio humo.

Los presos muertos y mutilados estaban siendo cremados en los hornos de la panadería de la cárcel. Los vestigios flameantes de esas personas se trepaban a la tumba del cielo, mientras la estela repulsiva nos castigaba el estómago.

Como dispuestos a bucear en el realismo mágico, esos hechos que ocurrían frente a nosotros empujaban el límite de lo verosímil, desbordando la capacidad de asombro.

Ese horror que se generaba en Sierra Chica recorrió todo el país a bordo de las noticias. Esos hombres atrapados desde hace varios años mostraron la barbarie de la que eran capaces. Esos días cambiaron para siempre la historia del pueblo.

En la misma entrada al Penal, por radio y televisión, escuchamos en conferencia de prensa a una autoridad del Ministerio de Justicia bonaerense, quien confesaba que las negociaciones estaban paralizadas.

Creí, como todos, que la situación empeoraría todavía más. Sentí el latigazo del dolor ajeno en los rostros de los familiares de los presos muertos. Me hundí con el puñal de la duda que desesperaba a los rehenes. En ese momento, la única certeza era la clara incertidumbre.

Todavía con el retrato del terror tatuado en las retinas, con la muerte amarga molestando en la memoria, después de la presencia ciega y siempre gris de los ausentes, se acostó conmigo algo cercano a la calma.

Cinco días aguantaba el motín y otra vez la sorpresa vestida de escándalo. Los presos habían decidido escaparse por la fuerza, era la novedad que nos congeló en la puerta del Penal. Más movimiento, más ansiedad, más nerviosismo.

Algo de cierto debía haber en esa afirmación, porque el muro se reforzó con decenas de policías y se veían deambular agitados y con armas a agentes del Servicio Penitenciario. Otra vez los familiares de los presos fueron quienes ofrecieron precisiones sobre lo que pasaba adentro: un grupo de internos estaba haciendo un túnel en la carpintería de la cárcel, por donde pensaban provocar una fuga masiva.

El éxodo de miles de forajidos se instaló nuevamente como posibilidad concreta, y profundizó aún más la gravedad de la situación. Los familiares temían una represión feroz cuando el túnel asome fuera del Penal y pedían a gritos que alguien haga algo. La

mayoría de los periodistas especulaban sobre el agujero de la libertad y su construcción y diseño. Varios de los vecinos más cercanos a la cárcel, empezaron a evacuar sus casas.

Dos días más pasamos ahogados en la perplejidad de lo que estaba pasando en ese tranquilo pueblo de picapedreros. Pese a que la tensión era extrema pasaba mucho tiempo sin que se produzcan novedades importantes.

Los periodistas aprovecharon esa situación para repasar los sucesos del motín, y para mostrarle al país la historia de Sierra Chica, sus costumbres, y sus paisajes. A mi mismo me tocó contarle a una movilera rubia de Radio Continental sobre aquellos tiempos de italianos aventureros que llegaron a esas sierras bonaerenses para romperlas a martillazos.

Al octavo día, acaso como anfitrión inesperado, creció la noticia de que los presos se entregarían. ¿Sería una estrategia de los amotinados? ¿Habrían terminado el túnel y pretendían desorientar a las autoridades? ¿Habría pasado algo con los rehenes, con la jueza? ¿Les habrían dado lo que ellos pedían?



Los negociadores, finalmente, les dieron por ganada la batalla a los cabecillas de la rebelión, dentro de lo que puede representar una victoria para quien deberá pasar casi la totalidad de su vida tras las rejas.

Al menos, con los traslados a otras cárceles y con la disminución de penas, los presos demostraron poder, que como cuerpos olvidados en un presidio no es poco.

La entrega pacífica de la cárcel concentró nuevamente la atención. En directo se transmitió la salida de los rehenes, ilesos pero agotados. Ninguno se quejó ni renegó de lo que les tocó vivir. Incluso uno, ante los micrófonos del país, defendió



a los presos y justificó el motín como explosión de la situación infrahumana que registraban las cárceles nacionales.



Todos queríamos ver la salida de la jueza, verle la cara, que hable y cuente su odisea. Pero María de las Mercedes Malére, pálida y desgastada, fue liberada y rápidamente se subió a uno de los autos oscuros. No habló con nadie. Sin escalas, se fue directamente para Azul, confirmaron luego.

Madres, hermanas, tíos de los presos suplicaban información. Ellos debieron esperar varias horas más hasta que se conocieron las ocho vidas que se llevó el motín. Un cura con estricta sotana y cara de contento anunció oficialmente ante la prensa la recuperación del Penal.

Juan quiso volver a casa de una vez por todas. Caminamos mirando hacia atrás cada cinco o seis pasos. Nos siguió azotando la desesperación de las familias de los presos. Se nos fue achicando esa cárcel en el horizonte. Nos asfixió el silencio. Pateamos una piedras que aturdían el camino. Atrás, quedaba goteando esa vieja herida del dolor y de la muerte.

La Antena (conexión sideral)

“Atrapados en libertad” está pensado como una entrega radial para ser difundida semanalmente dentro de la programación de una emisora de amplitud modulada. Su título y contenido conformarían el tema que puede abordar un programa integral de radio, o una sección de ese programa, con un perfil dedicado a la difusión de sucesos reales pasados, con un formato trabajado desde lo periodístico y lo estético.

La audición se ajusta a la programación que puede ofrecer, por ejemplo, Radio Olavarría, una emisora de amplitud modulada que presenta características particulares con relación a otras radios.

Este trabajo documental, aspira a ser una alternativa que pueda incluirse en la programación de Radio Olavarría, u otra radio del interior bonaerense de similares características.

En emisoras del interior, como puede ser la de Olavarría, las programaciones no gozan de superproducciones, tal vez no sean descollantes las voces que participan, pero mantienen una esencia más vinculada a las cuestiones regionales.

Los habitantes de Olavarría y de un amplio sector del centro de la provincia de Buenos Aires tienen acceso a una programación donde los asuntos locales y regionales tienen relevancia sobre otros que surgen a nivel nacional e internacional.

Los contenidos de la emisora local inspiran un sentido de pertenencia en sus oyentes, quienes a través de la radio pueden reafirmar su vínculo con el lugar donde residen, sentirse parte de los acontecimientos que influyen de alguna manera sobre sus vidas, además de apreciarse incluidos dentro de una gran comunidad que permanentemente quiere conocer los vaivenes de su historia y el misterio de su futuro.

Si bien el estilo de varias audiciones de Radio Olavarría puede ser tildado de “anticuado”, “frío”, y hasta “aburrido”, conserva la preocupación por difundir aquellas problemáticas que afectan a la comunidad donde está inserta.

Asimismo, pese a la impronta de esta radio, registra uno de los más altos índices de audiencia, con relación a las emisoras de frecuencia modulada que funcionan en Olavarría y la zona.

Si bien están más diluidas las diferencias entre las emisoras de AM y de FM, el ciclo prefiere la amplitud modulada, aunque no descarta las demás posibilidades. En principio, el público que busca información se inclina preferentemente por la AM. Por otro lado, el área de cobertura que en este caso tiene Radio Olavarría es mucho mayor al que pueden alcanzar las emisoras de FM locales. Es que los temas a tratar importan a Olavarría, pero también la exceden.

Actualmente varias de las FM, las capitalinas y también las locales, son una copia de las AM con un poco más de música. Han incorporado la esfera periodística en muchas de sus audiciones, y los locutores y oyentes tienen más participación. Conservan, eso sí, un perfil más joven. Pero, las nuevas tecnologías digitales, la expansión de la radio vía internet, van a hacer que esa división AM-FM desaparezca.

Teniendo en cuenta la estética del documental, puede resultar novedoso para ambas categorías. Porque el trabajo presenta una información con la velocidad y la artística de una FM, a la vez que realiza un tratamiento periodístico más propio de la AM.

Por el panorama de las emisoras que funcionan en Olavarría, por sus perfiles, el ciclo se ajusta mejor a una programación en amplitud modulada, por su contenido, duración, y relevancia. Con todo, será también un desafío renovar el sonido y proponer una nueva forma de contar historias.

Lo que sigue importando, después de todo, es cómo instalarse en los oídos de los oyentes, y en especial en sus emociones. Frente a fórmulas que parece apostar a más de lo mismo, y que contagia por su supuesto éxito, tal vez sea momento de poner a prueba las ideas sobre la radio. Equivocándose, aprendiendo, reflexionando, renovando los formatos, experimentando, cuestionándose, buscando nuevas identidades.

El Auditorio (la radio escucha)

Teniendo en cuenta una escasez de gimnasia auditiva para este tipo de formatos, la conquista del oyente representa un gran desafío. La obra prevé una audiencia compuesta por personas mayores de 25 años, hombres y mujeres dispuestos a recibir información ampliada sobre un determinado tema y generarse al mismo tiempo un juicio sobre lo percibido. Asimismo, no se descarta a personas de menor edad que también comulguen con esa curiosidad.

Como la variedad de situaciones y hechos posibles de ser incluidos en una producción radiofónica de este tipo son prácticamente infinitos, encerrar a la audiencia según sus condiciones económicas, culturales y de género, comportamientos, situaciones laborales y de ocio, sería como limitar y restringir las posibilidades.

El trabajo se inquieta por absorber aquellos interrogantes, recuerdos, y experiencias de los oyentes con relación al tema tratado, de manera de generarles visiones más amplias y nuevas perspectivas. Sus vínculos con el documental se instalan en la reconstrucción particular que cada uno pueda edificar a partir de algunas propuestas auditivas sobre un tema cercano. Los originales horizontes permitirán nuevas reflexiones.

Oyentes curiosos, insatisfechos, cuestionadores, también ansiosos y críticos. De ellos se nutre este tipo de audiciones. En general ellos tienen otros conceptos sobre la participación, más vinculado a enriquecer sus conocimientos y estimular sus emociones, que a figurar.

Es que muchos de los programas de las radios, cualquiera sea la antena, de la capital y también del interior, no tienen vergüenza en poner al aire mensajes de los oyentes que flirtean con el disparate y la adulación constante. Son esas que regalan el

terreno del éter a los que tienen una necesidad fanática de exhibirse, para no morir de anonimato en sus casas.

Porque, a pesar de lo que piensen muchos productores y se inventen un panorama sobre la emisión con lo que dicen sus receptores, es probable que los contactos cotidianos no representen a los oyentes que escuchan y no llaman porque están trabajando, porque están evaluando críticamente lo que la radio dice, porque saben que un oyente está para oír, y no para hablar.

Cautivar al oyente y mantener su atención durante varios minutos, sobre todo con formatos muchas veces desconocidos, y dejarles rebotando sonidos que alargan sus reflexiones: esa es la lucha.

Frente a la idea de dar al público aquello que pide, no resulta desafortunado reservarse algunas dudas. Porque allí es donde pueden generarse otras propuestas. Es cierto que perforar la atención del oyente con nuevas intenciones radiales es difícil por las costumbres que tiene la oreja, pero es saludable ampliar las alternativas para que elija.

Actualmente la vida cotidiana de la mayoría de la sociedad está atravesada por el discurso de la imagen, que ha ido ganando espacios rápidamente y ha incorporado ciertos códigos particulares, distintos al de generaciones anteriores.

La presencia creciente de los medios masivos ha contribuido a generar nuevos esquemas de interpretación de la realidad. En ese sentido, el espectáculo electrónico de la televisión incorporó nuevas formas de percepción.

El mensaje de la publicidad y sus imágenes, la espontaneidad del videoclip, la inconstancia que impulsa el zapping, alentaron un placer por la velocidad, por el movimiento. Los receptores, insertos en una cultura televisiva, demandan programas ágiles.

El culto por la velocidad no resiste nada demasiado largo o que exija una particular atención. Asimismo, los discursos presentan quiebres temporales y espaciales, están fragmentados, divididos en múltiples voces.

Este modo vertiginoso de percibir absorbe un bombardeo de ideas muchas veces inconclusas, fugaces, hasta contradictorias. Más allá de la calidad de los contenidos, se encargan con sus propuestas de fulminar los largos parlamentos. Asimismo, establecen el compromiso de ajustar las emisiones a la escurridiza capacidad de atención que los propios medios han contribuido a instalar.

El interrogante que se plantea es si, en este caso, las formas de percepción de lo visual intervienen o influyen en lo auditivo. En la exploración de la vida cotidiana se advierte que existe un traslado de percepciones de un modo a otro. Se advierte que el fenómeno que involucra en conjunto a los sentidos se contagian entre las categorías.

Si bien la radio todavía no está particularmente contaminada con la vertiginosa práctica del zapping, las emisoras también tienen en cuenta que se encuentran frente a oyentes acostumbrados a no ser cautivos de un medio. En los discursos radiales, también se demanda velocidad, brevedad, y distintas voces.

“Atrapados en libertad” se concentra en un público que busca información ampliada sobre un determinado tema. Por su estilo y características presenta un guiño hacia los sectores jóvenes, aunque las formas de percepción de la actualidad le permiten alcanzar otros segmentos sin inconvenientes.

Con todo, la audición se inclina hacia el público de amplitud modulada teniendo en cuenta la realidad y las orientaciones de las programaciones radiales en Olavarría, si bien no se descarta una mudanza hacia otra estructura de contenidos siempre que sea coherente en su conjunto.

En ese panorama, con las distintas evocaciones de la emisión la audiencia puede reconocer la imagen de un mundo real y cercano, elaborado a través de una visión más entre otras posibles. No una visión verdadera, sino la más poderosa, la que logró hegemonía en el diseño.

“Atrapados en libertad” intenta documentar esas prácticas culturales que involucran a la memoria y se advierten pérdidas. O intenta cubrir un vacío, reflexionar sobre ese vacío, subrayar lo que falta, buscar lo que se olvidó.

También es interesante que los oyentes decidan llegar a la reflexión social transitando el camino de historias individuales, empezando por la propia. Indagar en su interior con el motín como telón de fondo, puede resultar una aceptable estrategia para fabricar la curiosidad.

La obra radiofónica, ocupándose de la forma, se encarga también de decir algo. Porque al dejar a los oyentes sin certezas permite pensar. Afronta el riesgo de una construcción sin modelos e invita a los interesados a correr el mismo riesgo, cuando el recuerdo se pone en movimiento.

La Reunión (llamado de atención)

Un día adecuado para transmitir la audición sería un sábado, preferentemente por la mañana, cuando el oyente todavía mantiene interés por informarse pero de una manera menos apresurada y más crítica, más pausada, tal vez más profunda.

Por lo general el sábado por la mañana la ciudad está en pleno funcionamiento, aunque propone un ritmo menos vertiginoso para la radio. Sin poder escaparse del perfil que imponen las noticias, las programaciones se permiten hurgar en sus corazones pero también en sus riveras. La reflexión que se pretende de los oyentes, asimismo, es más fértil en ese momento del día, y no tanto avanzado el fin de semana cuando despejarse de los problemas se instala como común denominador entre la gente.

Si bien son grandes las dificultades para generar una disposición para el formato documental, así como para incluirlo dentro de una programación, justamente allí reside el desafío para que se empiecen a tener en cuenta y constituyan una alternativa enriquecedora para la audiencia.

La duración del ciclo se puede ajustar alrededor de la media hora aproximadamente. Por sus características puede ser presentado hasta en cinco bloques de unos siete minutos cada uno dentro de un mismo programa, siempre y cuando éste pueda hacer convivir el contenido de un documental junto a otros temas.

El Molde (policrómico laberinto)

El género documental en radio auspicia una serie de características que le conceden formidables recursos periodísticos y estéticos para abordar un tema, aunque muchas veces queda rezagado por las dificultades para su realización.

Este formato presenta un tema relevante para la audiencia a la que está dirigido, tratándolo con profundidad, desde las visiones más variadas posibles, utilizando todos los recursos técnicos y artísticos disponibles, con el propósito de aportar un conocimiento o impulsar el juicio propio.

Si esta producción supera todo los obstáculos para ser incluida en la programación de la radio, podrá también exponer varios grados de diferenciación con relación a otras audiciones de su tipo.

Algunos de los escasos ejemplos actuales de audiciones que trabajan dentro del género documental, que se pueden apreciar por ejemplo dentro de la programación de Radio Nacional y Radio Cooperativa en Buenos aires, o de Radio Nacional de España en el exterior, mantienen un estilo formal de presentación de los temas.

Generalmente esas emisiones exhiben un estilo tradicional de producción y entrega, con entrevistas en profundidad donde un conductor presenta a un protagonista e inmediatamente se escucha su relato. Presentación de otras voces, y más relatos. Una secuencia que se repite hasta el final con discursos habitualmente extensos y reposados.

Se percibe asimismo una escasa utilización de los recursos artísticos que ofrece la radio y el mismo periodismo. Tal vez la música es invitada a participar como decoración más frecuente, pero tibia y sólo como acompañante. Se destacan, eso si, como estructuras que respetan el género, algunas audiciones especiales difundidas con intermitencia por el programa Marca de Radio, actualmente en Radio La Red.

La obra “Atrapados en libertad”, tal vez ebria de insolencia, se permite el desafío de una nueva perspectiva del documental tal como se lo presenta actualmente. Si bien mantiene los preceptos del género, en su espíritu busca una ruptura con el estilo tradicional de exposición.

Sin confrontaciones ni reproches, intenta demostrar que el género no es estático, que no hay una sola manera de abordarlo. En el diseño de la obra hay una cuota importante de experimentación y de riesgo, que si bien la puede tornar vulnerable no impide trabajar sobre el entusiasmo del desafío.

“Atrapados en libertad” se adapta al género documental, y tal vez, también lo excede. En la propuesta se articulan datos rigurosamente recolectados y testimonios de fuentes identificables, todo en la búsqueda de una pieza dinámica y enriquecedora. Es vital para este tipo de emisiones esquivar los contenidos rígidos, estadísticas apabullantes, que en definitiva sólo alcanzan a un público limitado, y se instalan como tempestades auditivas que terminan ahogando la posibilidad de pensar.

Es que cada idea aparece de una manera sencilla, ágil y dinámica, y colabora en su ejecución para asimilar al resto. Lejos de las largas entrevistas sin pausas ni matices y con un narrador inalterable cualquiera sea el tema, esta propuesta se ilustra con apariencias inquietas. Acomoda sus paisajes en la brevedad necesaria para que resulte entretenida y a la vez reflexiva.

Como el género documental ofrece elementos que contribuyen a la ampliación de la perspectiva de la audiencia frente a un determinado tema, el esfuerzo también está orientado hacia recursos radiofónicos como la música, las dramatizaciones y los efectos sonoros, que convierten a la emisión en una obra profunda y al mismo tiempo atractiva.

Teniendo en cuenta los modos de percepción de la actualidad, que determinan una serie de demandas y exigencias en los discursos, la obra presenta un estilo

dinámico, con fragmentos breves, rápidos, a la vez que oportunos y coherentes. Los recursos narrativos, los paisajes propuestos, las imágenes sonoras, los quiebres y las intervenciones se acomodan a aquellas formas que el oyente está acostumbrado a escuchar, sin renunciar a un resultado digno, de calidad, y que convoque a la reflexión.

El trabajo dentro de este tipo de molde radiofónico es complejo y agotador, pero es el adecuado para generar las más atractivas imágenes auditivas. Los temas elegidos para tratar pueden ser sorprendentes o de gran impacto social, pero deben refugiar generosas cuotas de dedicación y creatividad para conciliar una obra profunda, y a la vez seductora para ser incorporada a la programación de una emisora.

Con las exigencias de un público que se resiste a una atención prolongada, gustoso de la velocidad en lo que se le expone; con la agudeza periodística y artística que propone el documental, con las escasas referencias sobre el formato; con los obstáculos para conquistar espacios; el desafío está en reinstalar el género en la radio.

La inconformidad, la curiosidad, la creatividad, y el esfuerzo, tal vez alienten la inquietud por aportar nuevos aires a las programaciones. Con rentabilidad económica y deleite. El principio, es la mitad de todo.

La Recolección de Datos (tour del calvario)

En la Pascua del 1996 fui testigo de algunas de las circunstancias del motín de Sierra Chica. Esos sucesos me convocaron otra vez en 1999, ya no como curioso sino para trabajar en sus laberintos en el marco de la cátedra Periodismo de Investigación, de la Licenciatura en Comunicación Social.

Tuve que recrear esos ocho días y sus derivaciones, cuando todavía no se habían apagado los ecos de la masacre. Ni siquiera la justicia había dictado sentencia sobre la revuelta,. Sin embargo algunos se animaron a hablar.

Fueron muchos los que negaron sus testimonios, sobre todo por el trabajo mental de revivir el sufrimiento. Dos guardiacárceles de los que habían sido tomados como rehenes aceptaron la charla: Avendaño y Nesprías.

Ellos recrearon las alternativas desde el corazón del motín: la sala del hospital, donde fueron mantenidos cautivos por los presos y donde se tomaban las decisiones más terribles. Los agentes del Servicio Penitenciario, que no llegaban a los cuarenta años, soportaron el encierro, la tensión, la reacción de los presos drogados, y la incertidumbre constante de la muerte. Compartieron el lugar y fueron testigos de la situación que vivió la jueza azuleña durante su cautiverio.

Un comisario y dos oficiales de la Policía Bonaerense también contaron la parte de la historia que les tocó vivir. El de mas jerarquía, Caminitti, de su experiencia sobre el muro, y Albertario con Machioli con detalles del sumario judicial.

Varios vecinos aportaron declaraciones novedosas sobre el entorno del motín. Yo mismo, a la distancia, encontré nuevos matices al recordar esos hechos. La dificultad para obtener testimonios de aquellas personas que tuvieron vinculación con el motín fue siempre una constante.

Las autoridades del Servicio Penitenciario encontraron permanentemente una excusa para evitar tener que hablar del tema. Y la propia jueza Malére mantuvo siempre su postura de sepultar comentarios sobre esos sucesos.

Cuando fue liberada ella ofreció una conferencia de prensa en su casa de Azul, donde no aportó mucho, y desde entonces, salvo en el juicio, jamás aceptó hablar una sola palabra sobre el hecho. Congeló esos recuerdos en la tumba del olvido. Y allí parece que dormirán, para siempre.

Con todo, los relatos de muchos de los protagonistas fueron difíciles y esquivos, ocultos y parciales. Prefirieron no avivar los fantasmas de la angustia, que les aparecen de vez en cuando con su mueca espectral.

Ese informe y esa experiencia periodística sirvieron como pilares para un nuevo desafío. La historia del motín y sus fábulas vecinas tenían imágenes que merecían escucharse. La idea fue rescatar esas voces, esos paisajes, dotarlos de una mirada más amplia, más actualizada, más reflexiva.

Para el producto radiofónico “Atrapados en libertad”, la insistencia fue tenaz pero los resultados similares: fueron muchos los que no quisieron hablar del motín. En el 2003, ya habían pasado siete años de aquella masacre, pero el tiempo todavía no había logrado cicatrizar las heridas.

A pesar de esas dificultades, esta historia radiofónica goza del compromiso de personajes reales. El guardiacárcel Avendaño, todavía dentro del Servicio Penitenciario, amplió su mirada sobre lo que vivió esos días, siempre dispuesto a hablar.

Piorno, otro de los guardiacárceles, después del motín siguió trabajando en La Plata y aceptó una entrevista en una visita a sus amigos de aquellos días. Nesprías, que sigue vigilando presos en Sierra Chica, no quiso decir más de lo dicho en 1999.

El resto de los guardiacárceles se asusta cuando se les nombra la palabra motín. Uno de ellos, el más antiguo de los que fueron tomados como rehén, desconfió tanto de las intenciones de una charla sobre el tema que alertó al Servicio Penitenciario para que investigue.

Otro guardiacárcel, que sigue trabajando y viviendo en Sierra Chica, pidió una suma de dinero exagerada para dar una nota. Tal vez creído de que sus comentarios podían hacer torcer el eje del universo, o mal acostumbrado a las cifras que le ofrecieron medios periodísticos nacionales para contar sus desventuras, se convirtió en otra fuente de las tantas que se negaron a esta producción.

Entre todos los vecinos de Sierra Chica que siguieron de cerca las alternativas de la revuelta, el dueño de un bar que está frente a la cárcel, Marinangeli, aportó sus sensaciones sobre unos de los momentos más horrosos.

Siete años después, se mantuvieron los comentarios de los efectivos de la Policía Bonaerense que evocaron esos momentos en 1999, porque sus destinos dentro de la fuerza se registraron lejos de Olavarría.

“Atrapados en libertad” reúne entre sus fuentes a dos consagrados periodistas vinculados a temáticas policiales, que cubrieron los sucesos del motín de Sierra Chica. Eduardo Parise me recibió en su oficina del diario Clarín para mostrarme otras aristas del fenómeno. Ricardo Ragendorfer, escritor y periodista, espera escuchar sus opiniones dentro del trabajo.

Como sustento, la propuesta también contó con recortes periodísticos de los diarios que ese momento se hicieron eco de las alternativas de la rebelión.

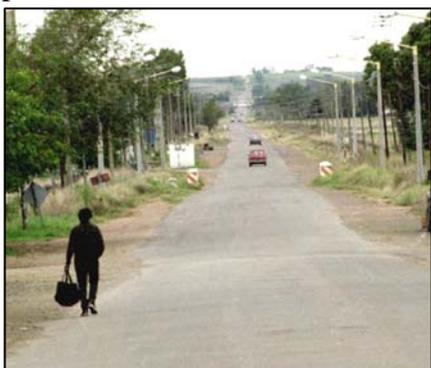
Los archivos del Canal Local de Olavarría, por su parte, me refrescaron la sensación térmica de aquellos días. Las voces de periodistas, familiares de los presos,

miembros de la justicia, de la iglesia, y hasta de la propia jueza reflejan con exactitud el clima vivido durante el motín.

En el caso de este último testimonio, el de la jueza Malére, la conferencia de prensa que brindó tras su liberación es la única declaración pública que ha hecho, y cualquier intento periodístico que insista en desnudar sus palabras, estará condenado al naufragio.

Otra fuente neurálgica para la obra la constituyó, en el 2004, un ex-convicto recién liberado de los pabellones de Sierra Chica, quien estuvo presente durante todas las jornadas que duró el motín de 1996.

Para Gabriel Espinillo la celda fue su micromundo y ahora está aprendiendo a pensar en libertad. Pero las marcas que le dejaron esos años de encierro y violencia se



adhirieron a él para siempre, crucificándolo a un recuerdo permanente, ingrato y voraz.

Sus críticas hacia el Servicio Penitenciario dentro, y ahora fuera del Penal, lo convirtieron en refugio de todas las miradas. Por eso en la calle debe seguir soportando el miedo que lo persigue siempre por la espalda. Tras su salida tuvo que cambiar varias veces de residencia, se ha protegido con nombres falsos, y hasta desconfía del almacenero de la esquina.

Ese es el cuerpo que logró la condena, la cárcel, el sistema. Yo llegué hasta él después de jurar reservas a varias personas que lo ayudan a vivir. Me encontré una noche con su presencia triste en una casa bonita, pero en una habitación no más grande y limpia que su antigua celda.

Todos ellos, desde distintos horizontes, son los que narran la verdadera historia de este documental. El énfasis radiofónico sólo acompaña esos relatos, decorándolos, sin interferir en su esencia.

No están, o no se perciben, o están escondidas, todas los accidentes y los viajes para alcanzar una entrevista. Menos todavía las inversiones y las promesas. Está enmascarado el silencio prometido. La edición no refleja las desventuras y las puertas cerradas, las mentiras y las humillaciones. No se advierten las desilusiones y el abandono, así como el ánimo y la continuidad.

En la audición se comunican, conviven, hasta simpatizan personajes que nunca se cruzaron en la vida, y que probablemente nunca lo hagan. Aparecen como vecinas las voces de personas tan distantes como opuestas. Incluso, sin saberlo, se perjudican entre ellas.

La Organización (ventana de las renunciaciones)

Clasificar la sobreabundancia de datos sobre los sucesos de ese motín fue una tarea de paciencia y de resignación. Seleccionarlos teniendo en cuenta que tenían que ser adecuados para un formato radial, igual de difícil.

Se descartaron en principio discursos contaminados de datos o cifras que no aportaban demasiado al corazón de la historia y podían desviar la atención. De varias horas de grabación de entrevistas y recolección de datos de archivo, sólo un pequeño porcentaje fue el que finalmente conquistó las preferencias.

De ese enredo de versiones, a veces incompletas y otras superpuestas, siempre fue necesario amputar con dolor párrafos o frases que tal vez hubieran perfumado mejor la obra.

El discurso campeón, modificado mil veces, mantiene el espíritu que orienta la perspectiva sobre el motín. Atesora en sus elecciones la hoja de ruta para leer la historia. Su hegemonía es la vidriera donde se exhiben las miserias, sin la necesidad de la grosería.

Pero, para que los relatos y datos elegidos tengan la coherencia necesaria en busca del objetivo planteado y los efectos deseados, fue primordial ajustar el ordenamiento de cada exposición. El guión radiofónico avanza cronológicamente desde el principio hasta la finalización del motín, pero en su trayecto se permite frenar y retroceder, acelerar y adelantarse, desviarse y seguir adelante.

Las intervenciones de los protagonistas son intermitentes, fugaces, codiciadas. Eso colabora con la expectativa sobre el desenlace y con la atención del oyente. Aparecen sucesos que se cuentan más de una vez desde veredas diferentes, y silencios que sugieren recorridos.

Se presentan testimonios que acuden para contar un tramo particular de la historia y desaparecen para siempre, y otros que la acompañan alternativamente en todo el viaje. Pequeñas miradas que aportan su testimonio sobre un hecho dentro del enunciado global, y otras que interpretan la totalidad a cada paso.

La disposición de las diversas voces y sonidos colaboran también con el cauce de la historia, con la intencionalidad que la audición pretende. Se ordenan y asimilan de una forma caprichosa, pero siempre original.

Al mensaje lo estimulan el dueño de un bar de Sierra Chica y los Redonditos de Ricota. El relato desesperado de un rehén y la canción del novio de una actriz. La incertidumbre de la muerte y un escenario de rock. Un perro sin dueño y los acordes de un bandoneón. El horror de la condición humana y una cumbia donde *“baila mi negrita”*.

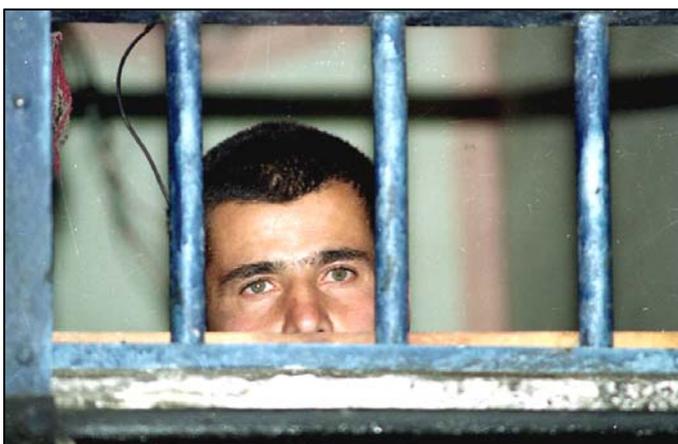
En este trabajo de paciencia y decisión, León Gieco sostiene corazones y una jueza está por ser arrojada al vacío por mil presos. Aquí se hacen mimos la represión y la esperanza. En esta mezcla, insolente y amordazada, se resume el desafío.

La Violencia (telarañas amotinadas)

En esta producción radiofónica acuden varios paisajes que recrean diversas situaciones, momentos cronológicamente distantes, sensaciones opuestas. Las palabras que la componen serpentean los archipiélagos de una historia verídica y cruel.

Todos los escenarios, con sus caminos sinuosos, desde diversos horizontes, proponen una mirada feroz sobre la condición humana. En ellos habita una atmósfera cáustica y punzante.

La historia sonora se acomoda en las cuencas del horror originado en esos días de motín. Pero también inunda sus orillas más mordaces. Con sus detalles y amplitudes, la obra acelera y retrocede, se ilumina y esconde, se agota y renace a cada paso,



atravesada por la **violencia**. En sus laberintos pueden confundirse abanicos con ametralladoras, siempre grises.

El eje narrativo es la vidriera de las contradicciones

que se gestan en la cárcel. Donde el lugar para pagar las culpas y así reinsertarse en la sociedad que condena, es la selva donde sobrevive el más fuerte. El depósito de cuerpos de personas, donde los detenidos resisten como animales. Donde la vida no vale nada y la libertad es un fastidio que humilla.

El énfasis de la producción se ajusta a esas miserias que exhiben los presidios, multiplicadas en este caso por una revuelta carcelaria que trastocó el poder por varios días.

En esa Pascua de 1996 los presos de Sierra Chica lucieron como nunca su barbarie. La columna vertebral de este trabajo se acomoda en la ferocidad de esos

presos, quienes ventilaron su costado más cruel y sanguinario durante un suceso de características infrecuentes como fue el motín.

Fue en esa situación trascendental donde los detenidos tuvieron conductas de animales. Donde el aquelarre de la muerte ordenó la confusión. Donde el espectáculo dantesco desnudó los rincones más salvajes de esas gentes.

El faro narrativo ilumina esa **barbarie de la condición humana**. Es la guía para el recorrido de la historia. No para regodearse en el dolor y el sufrimiento, sino para mostrar de lo que es capaz el hombre en condiciones extremas.

Esos presos de Sierra Chica son apenas un ejemplo de las crueldades que se cuentan en esta obra. Ellos se contagian de otras historias similares en otros lugares, en otros tiempos. Porque las miserias en las cárceles son ancestrales e infinitas.

Después pero dentro de lo que fue el motín, el faro se torna más potente. Las mismas voces alumbran más lejos, se expanden. Los defectos de la condición humana se aclaran con más vigor, suenan con más intensidad. Pero también retienen una luz de esperanza que pone en equilibrio la ilusión.

La obra radiofónica no demuestra ni resuelve cuestiones sociales, apenas activa paisajes sonoros vestidos de horror, y propone una manera de escucharlos. A partir de un hecho real compartido por una comunidad, transmite sensaciones que viajan hacia el oyente cargadas de angustia.

La historia invita al oyente a respirar ese tormento, a camuflarse en él, a rezongar con sus heridas. Convoca con su aflicción para que el miedo de los rehenes se haga carne en los oyentes; para que el recuerdo funesto de un ex convicto se instale en sus venas; para que la impotencia de la jueza sean también las suyas; para que el llanto de los familiares invierta tantas lágrimas como orejas dispuestas; para que las muertes ahoguen también sus espíritus; para que las violaciones y torturas arruguen de dolor sus

caras; para que custodien el muro del penal; para fracasar y simular una victoria; para que opinen y denuncien y se pregunten sobre las soluciones; para buscar una luz fugaz. En definitiva, para que los oyentes no dejen de escuchar.

La Estética (hechizo sonoro)

La obra “Atrapados en Libertad” se anima a una travesía con la ceguera propia de la radio. Explora terrenos inciertos con el ánimo de lo desconocido. Renueva el escenario de un drama y a sus protagonistas. Inyecta información y sensaciones. Entretiene y advierte.

Se estructura general está dividida en cinco bloques, cada uno con la suficiente conclusividad para ser entendido y al mismo tiempo con el adecuado suspenso para que el oyente permanezca después de la tanda.

En cada bloque existe una acumulación razonable de tensión dramática como para que el espectador se involucre en el tema tratado, y también una equilibrada descarga emocional como para producirle placer.

Ante la vorágine de las noticias, muchas veces lejanas y deshumanizadas para el oyente, este documental permite conocer mejor a los personajes, sumergirse en sus luchas, sus cualidades y defectos, disfrutar de sus historias. Aparecen como en una telaraña invisible las voces auténticas de los que sufrieron íntimamente esos hechos, y de los que participaron en alguna de sus derivaciones.

“Atrapados en Libertad”, si bien sufre el espanto de muchos de los que saben y no quisieron hablar, al mismo tiempo se edifica y se sostiene con las voces de los protagonistas directos de la rebelión carcelaria.

Las palabras de locutor de la obra, mis palabras, funcionan sólo como una guía donde se articulan las distintas entrevistas. Yo las dirijo, las presento, las ordeno, las rebobino, las detengo, las repito. Pero ellas cuentan la historia. Yo propongo el camino, con sus pendientes y dificultades, desviándome del corazón de la historia cuando es necesario y tomando atajos si resulta urgente. Mis palabras son mis ojos. La mirada íntima sobre el suceso noticioso y sus derivaciones.

Desde allí, la obra se construye con los recuerdos de los entrevistados sobre esos hechos. Sus evocaciones son las que proponen, las que invitan, sugieren, opinan, fustigan, reproducen, describen, rememoran, denuncian, reflexionan.

El discurso guía introduce el tema de la rebelión en Sierra Chica, lo presenta. Informa cuándo fue y por qué. Reseña la situación carcelaria de esos años y ofrece datos sobre el contexto. Anuncia a los protagonistas y ordena sus intervenciones. Muestra detalles de la historia y conduce su recorrido. Decide qué exhibir sobre el caso y descarta lo que puede distraer la atención. Además, plantea un horizonte y subraya problemas a resolver.

Las voces de los protagonistas, con la impronta insuperable de haber vivido en carne propia esos sucesos, son el paisaje y el primer plano, la perspectiva y la profundidad. Son los olores del motín, sus estragos. Hablan de una fuga frustrada y del poder cuando cambia de dueño. De la rivalidad entre los presos y de unos rehenes con jerarquía. Del mundo cruel dentro de una prisión, de la sensación de que nada nunca cambiará.

Esas voces son las que narran las peripecias de una jueza sometida por miles de presidiarios. Las que sugieren tormentos y maltratos en su cautiverio. Son las que deambulan en una cárcel incendiada en Pascua. Las que desnudan deficiencias del Servicio Penitenciario Bonaerense. Con los testimonios de los personajes reales, la obra inyecta la muerte en procesión dentro del Penal. Hace tambalear la vida a cada paso y hunde con ferocidad la incertidumbre sobre el desenlace. A partir de ellos se ilumina una parte de nuestra sociedad que está siempre en las sombras.

Los protagonistas son los que revelan el destino de los presos muertos, el papel que desempeñaron las autoridades y su lucha para recuperar la cárcel. Son los que escarban en las reacciones de los cabecillas de la revuelta y adelantan sus decisiones.

Los que confiesan violaciones y coqueteos con las drogas. Esas mismas voces se atreven a reprimir a los presos y a exterminarlos si fuera necesario. Crecen con el horror de los hombres del motín. Enseñan la alegría de un final confuso. Calculan los destinos y denuncian las miserias de las cárceles argentinas. Esas voces, son tus ojos.

El resultado es un relato polifónico, donde cada fragmento, cada voz, adquiere interés por sí misma, pero sobre todo por la combinación con las otras. A lo largo de la historia irrumpen fragmentos que narran, varios que describen, algunos que argumentan, y otros que dialogan. Incluye también en sus laberintos, intenciones informativas, persuasivas, y poéticas.

El clima de la audición, su atmósfera, se compone a partir de la música. Cortinas musicales previamente editadas, fracciones de rock, pop, tango, cumbia, de película, hasta recitados escoltan las diferentes intervenciones. En muchas escenas las melodías acompañan los relatos, vistiéndolos de angustia, suspenso, tensión, movimiento, ironía, reflexión. En otras ocasiones la música se instala como protagonista y forma parte de las voces que componen la historia. Allí opina y se compromete. Alarga una idea y le otorga profundidad con el testimonio de una canción conocida.

Los guardiacárceles y vecinos, el locutor y el ex-convicto, hasta la jueza, respiran y hablan en el clima amargo que proponen unos acordes. Las muertes y violaciones se acomodan en un tango. Un periodista opina con un telón de fondo áspero y cuenta su experiencia personal con los ecos de un santuario.

La angustia de una madre se escucha en el latido constante de la incertidumbre. Los relatos de los policías estacionan en cadencias insolentes, tal vez renegando de su contenido. Un escritor describe imágenes del horror, con el gemido hiriente de una melodía. Un viejo comprometido con las causas sociales, inyecta la palabra seca de la acústica final.

Los efectos sonoros incluidos en la obra son pocos. Tal vez el colorido de las descripciones le ganan de mano. Apenas surgen algunos en momentos puntuales, para no sobrecargar la historia ni desviar la atención. Las dramatizaciones, por su parte, tampoco abundan. Un par de escenarios inventados sobre situaciones reveladas por los protagonistas refuerzan el dramatismo del motín.

El silencio, como una tos intermitente en las pausas de las palabras, también acompaña el clima angustiante de la obra. Su frágil incursión es un alivio que duele. Hace daño su permanencia prolongada y su ausencia. Su desfile tímido a lo largo de la audición, resuena mudo en una violencia que ensordece.

La música, los efectos sonoros, las dramatizaciones, y también el silencio, estimulan de alguna manera la referencialidad sobre los sonidos propuestos. Le otorgan a la obra una mayor capacidad para describir situaciones y evocar momentos, resaltando la profundidad de las emociones.

El documental es el terreno donde se pueden convivir la mayor cantidad de recursos de la radio. El uso de todas sus potencialidades motiva la expresividad de los discursos, para conservar la atención de los oyentes, impresionándolos desde todos los sentidos.

En la herramienta maravillosa de la palabra, susurrante, noticiosa, repentina, compañera, invencible, se aglutina la pirotecnia de la imaginación sobre los sucesos de Sierra Chica. En la música, la obra adquiere un cuerpo para cada paisaje relatado. Con sus efectos y dramatizaciones, la traición se acerca al perdón. Y el silencio, último y finito, se devora un documental que empieza a cada instante.

Adrián Macías

BIBLIOGRAFÍA

- **Haye, Ricardo**, “La nueva radio”, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1995.
- **Pérez, Gladys**, “El documental Radial”, Ediciones Ciespal, Quito, Ecuador, 1994.
- **Cebrián Herreros, Mariano**, “Planteamiento y estructura de programas informativos”, Editorial Síntesis, España, 1994.